

DISCURSO CIVICO,

28.

PRONUNCIADO EN MORELIA

1854

27 DE SETIEMBRE DE 1854,

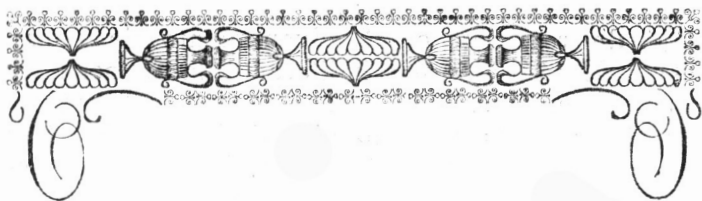
POR EL SEÑOR LICENCIADO

D. Alejandro Ortega.



MORELIA.

IMPRESA DE IGNACIO ARANGO,
Calle del Veterano núm. 6.



Conciudadanos:

Nada se pierde tan difícilmente como la esperanza: las naciones no se diferencian en esto de los individuos, y Méjico no podia carecer de esa cualidad con que el Supremo Autor de las sociedades quiso mitigar los males continuos que las afligieran. Tras una guerra de esterminio, donde el crimen como es ordinario se presentó insolente bajo todas sus repugnantes formas, vinieron por fin los dias hermosos de 1821: dias de vida y de placer en que los ánimos alborozados contemplaban el dichoso cambio hecho en nuestra patria, y el venturoso porvenir que á la mente se ofrecia. ¡Quién entónces no se conmovió al ver sustituidos los ódios de la pasada guerra con la union y fraternidad proclamadas en Iguala? ¡Quién

-4-

dejó de recrearse en el advenimiento de la paz nacional? ¡á quién fué indiferente la cesacion de las persecuciones, de los rencores y de las muertes, á que puso término el ejército de las tres garantías? ¿Quién dejó de consolarse de los desastres pasados con la consideracion y expectativa del grato imperio del orden, de la justicia y de la libertad entonces prometidos? Digan los hombres de aquella época, si vieron jamas entusiasmo mas vivo, esperanzas mas fundadas y lisongeras en los pechos de los mejicanos. Desde entónces escribió Méjico en los anales de su historia, un dia cuya memoria debería perpetuarse de generacion en generacion, mientras existiera sobre la tierra un corazon mejicano: desde entónces quiso tambien que en cada año se consagrara un dia al recuerdo de un acontecimiento tan glorioso. Hoy es ese dia: hoy cumple años la reconquista que hizo nuestra patria de su libertad é independenciam: hoy se olvidan las sangrientas escenas que llenaron de horror á esta bella porcion del nuevo mundo, durante diez años de una guerra ciega y desesperada; hoy se dejan aparte los ódios y resentimientos para entregarnos á los dulces encantos de un recuerdo de gloria, y á los blandos halagos de una esperanza de felicidad.

A mí está confiada la difícil mision de hacerlos comprender cuánta fué la grandeza del hombre á quien debemos el tener patria. Si yo pudiera volver el tiempo treinta y tres años atrás, nada tendria que decirles; el sentimiento propio de la libertad acabada de conseguir; la violenta desaparicion de todos los peligros que anunciaban sangre y desolacion á americanos y europeos; la firme proteccion concedida á la garantía de las

—5—

garantías sociales, á la santa religion de nuestros mayores; el espíritu de animacion y movimiento estendido por todas partes, y la vista de un extenso campo preparado á las altas inteligencias, para hacer la felicidad duradera, serian las elocuentes voces que hablandoos á la inteligencia y al corazon, os darian á conocer de cuanto sois deudores al primer jefe del ejército trigarante. Pero hoy que aquellos sentimientos están muy debilitados, yá porque el tiempo hace olvidar lo que hay de mas caro al hombre, ya porque las discordias y guerras civiles enervan el espíritu de los ciudadanos, ó yá en fin, porque muchos nacimos en el seno de una patria libre, sin haber sentido jamás los afanes que nuestros padres, hoy vuelvo á decir, es preciso presentar bajo un punto de vista la importancia de nuestra independencia, y la grandeza del héroe que se consagró á conseguirla. Para esto es indispensable saber cuales eran las circunstancias en que se hallaba Méjico en el año de 1820. Cuán grandes eran los riesgos á que se veian espuestos los intereses mas sagrados de los ciudadanos, chocando de continuo las mas impetuosas pasiones, próximas á hundir en sangre toda esperanza de paz; y con qué profunda filosofia un hombre comprendió la situacion, uniformó todas las tendencias, é hizo que el sordo rumor de venganza que iba á conmover al nuevo mundo, prorumpiese en un grito de alianza fraternal. Examinada la situacion de Méjico, hallaremos que era hija de la naturaleza agitada, y que su trasformacion fué el fruto de la penetrante inteligencia y del acendrado patriotismo de Iturbide. Hábil conocedor del corazon humano, previsor acertado de los acontecimientos sociales y acostumbrado á llevar de acuerdo la práctica

—6—

y la teoría, el héroe michoacano formuló el plan de independencia y lo llevó á su término, mostrándose igualmente grande en concebir y ejecutar. Algunos de sus contemporáneos, injustos como todos los que envidian lo que no pueden alcanzar, quisieron oscurecer su mérito de mil maneras distintas; pero una posteridad recta, y la historia documentada de un modo infalible, nada disputan ya al libertador de Méjico, y lo dejan en la quieta posesion de su gloria inmortal. Apoyado, pues, en el testimonio de la historia me atreveré á manifiestaros: que Iturbide al hacer la independencia de Méjico fué grande en el pensamiento y en la accion.

Echo un velo á todos los acontecimientos pasados antes de 1820: no quiero hablar de la primitiva libertad de los mejicanos, por que la libertad de los salvages apenas ha podido prestar inspiraciones á los poetas: nada diré de la conquista ni de la dominacion española, porque aun siguiendo las mas respetables opiniones, acaso pugnaré con alguno de mis conciudadanos, ni tocaré por último la guerra de insurreccion por que no quiero manchar con sangre un dia destinado á solo recuerdos de gloria. Méjico me basta en el estado que tenia en la época á que me refiero, cuando abrigaba en su seno tantos elementos de ruina en medio de una fermentacion de pasiones, preparada desde mucho tiempo antes, agitada por los acontecimientos de la insurreccion, y violentada por la marcha que seguian las Cortes, jurada de nuevo la constitucion de 1812.

La torpe idolatría que por mucho tiempo dominó á los habitantes del continente americano habia sufrido una variacion completa, merced al noble empeño de los monarcas de España en proteger á los Ministros Católicos é impedir la introduccion de

—7—

cualquiera idea que fuese contraria á la religion de Jesucristo. La dulce é insinuante voz de los ministros del Santuario logró atraerse las simpatías de los mejicanos: su heróica constancia y la elocuencia sencilla de la verdad hizo someter su rudo entendimiento á las primeros dogmas del cristianismo, formando así el sólido cimiento de la verdadera felicidad. El despego de los bienes terrenos, unido siempre á una tranquilidad inalterable, fué la voz viva y sensible que les hizo fundar su dicha mas allá de las riberas del tiempo, y el ardiente deseo que mostraban por la felicidad de todos penetró en el corazon de los creyentes infundiéndoles el amor. Con este triple elemento del culto católico, ya se deja entender que en breve tiempo la cruz del Redentor se alzó gloriosa sobre las ruinas del paganismo. La verdad siempre fecunda se extendió prodigiosamente por todos los ángulos del nuevo mundo, y ya los mejicanos olvidaban ó no sentian su libertad antigua, mitigando sus penas con el bálsamo purísimo de la Religion. Sus frentes no se inclinaban ya ante unos monstruos que veian con horror, y que se avergonzaban de haber creado en medio de los delirios de una imaginacion corrompida, y muy al contrario adoraban con respeto en los altares al Dios de las naciones, y alzando sus ojos al cielo veian en él su verdadera pátria. El triunfo sobre la inteligencia y la voluntad estaba obtenido, y muy hábil debia ser quien siquiera intentara arrancar del seno de los mejicanos su creencia religiosa; ella debia acompañarlos hasta mas allá del sepulcro, trasmitiéndose de padres á hijos como el mas rico patrimonio. En los magníficos templos de las Ciudades resonaban los cantos misticos en honra del Todopo-

—6—

deroso, y de los rusticos altares de los campos se alzaban silenciosas las sencillas plegarias de los pastores. La pompa y magestad del culto por una parte, y por otra la desnuda expresion de la naturaleza amante, alegre ó afligida, imprimieron al corazon un carácter que no debia borrarse jamas. Se hubiera trastornado el Nuevo Mundo si una mano atrevida intentara tocar á los Ministros de la Iglesia, profanar la santidad de sus templos, ó de alguna manera amenazar sus instituciones

Antes que la sujecion de los espíritus se habia hecho la conquista temporal, y despues de largos años llegó un tiempo en que Méjico sintiendo pesado el cetro del monarca español se alzó clamando independendencia ó muerte. Ya vosotros sabeis y yo me he propuesto no referir los desastres que ese grito lanzado en 16 de Setiembre de 1810, extendido por todo el continente, produjo hasta fines de 1819 en que parecia afianzado el poder de la Nacion conquistadora. Mas no era así: debilitadas las fuerzas de los Mejicanos y no pudiendo hacer otra cosa que ceder, habian entrado en una quietud que nunca debió prestar garantías á la tranquilidad. Se habia apoderado de su corazon, el deseo de la independencia: su memoria les recordaba que por ella habian desaparecido sus padres y sus hijos, sus hermanos y sus amigos; sus bienes de fortuna y aun las pequeñas chozas que les servian de albergue en otro tiempo. Mil pasiones se rebuian en confuso y horrible movimiento en el interior de Méjico: eran muy caros al corazon los objetos que habian perdido, y solo su recuerdo enardecia los deseos de una guerra de sangrienta venganza. Así: la independendencia estaba siempre delante de ellos, se dejaba oír frecuentemente en sus con-

—9—

versaciones, y aun en medio del sueño se les presentaba bella y seductora convidándolos á ir á sus brazos. Un objeto para cuya adquisicion se habian empleado tantos medios y se habian sufrido tan tos trabajos y fatigas, no podia de ninguna manera olvidarse ni abandonarse jamás mientras tuviera ocasion de conseguirlo. Un pueblo no cambia en un dia sus ideas, ni las grandes pasiones se acaban con los contratiempos. Cada recuerdo, cada oportunidad, es un huracan que enciende horriblemente el fuego del corazon. Mucho habian sufrido los mejicanos, veían con horror cualquiera cosa que les anunciase la prolongacion de su dependencia, y echando una rápida ojeada á los acontecimientos de la insurreccion, querian precipitarse al campo de batalla para ser libres ó morir como libres. La Metrópoli entretanto queria sostener su dominio sobre el continente que la enriquecia, y se esforzaba en estrechar mas y mas el vínculo que unia á su trono al mundo de Colon. Los europeos que veían en el arrojio de los americanos un ódio implacable contra ellos, quisieran aniquilar de un golpe hasta la memoria de su nombre, mientras los americanos á su vez quisieran gozarse en la destruccion completa de los europeos. Ya no podia haber paz, la discordia habia sentado su férreo trono entre dos mundos hermanos, y se deseaba un hombre inteligente y fuerte que destruyese su despótico imperio para dar lugar al tranquilo de la razon. Este hombre existia, pero prudente y sabio esperaba un impulso que moviera los espíritus y preparara el camino á su grandiosa empresa. El impulso lo dió la Metrópoli: la filosofía del siglo XVIII habia extendido sus funestas doctrinas por toda la Europa: el ejem-

2

—10—

plo de la nación mas culta del mundo habia mirado el edificio social de España, y España que mereció ser llamada por antonomasia, “la católica” comenzaba á desmentir tan alto título, atacando las instituciones de la iglesia. Las cortes dirijieron sus tiros á las comunidades religiosas, pretendiendo sobreponerse al sucesor de San Pedro, bajo cuya dependencia se encontraban, arrojando fuera de sus claustros á las vírgenes consagradas al Señor, sujetando á los ministros del Altísimo á mendigar del gobierno un miserable sustento, y apropiando á la autoridad temporal lo que por ningun título podia pertenecerle.

Ignoraban la trascendencia de semejantes disposiciones. Creyeron que los católicos del siglo XIX eran los idólatras del siglo XVI ó que la filosofía herética del siglo XVIII habia tenido asiento en el corazon sencillo de los mejicanos. ¡Temeridad! rompieron de un golpe el único vínculo con que podian haber sujetado al Nuevo Mundo, y ofrecieron un centro de unidad á los intereses de americanos y europeos, porque á todos hirieron en la parte mas sensible de su alma.

El impulso estaba dado, todo se hallaba dispuesto, aquella era la ocasion oportuna para el génio y no debia perderse, y cuando iba á desbordarse el torrente de las pasiones para anegar en sangre las hermosas llanuras del Anáhuac, salió de Iguala la voz salvadora de *Religion, Union dé Independencia*. A este grito solemne se conovieron los dos mundos y americanos y europeos corrieron á colocarse bajo la proteccion de las tres garantías. ¡Quién tuvo tan feliz pensamiento, que formó una opinion tan firme? ¡Quién supo atraer á un solo punto el corazon de todos,

—11—

y hacer de tantos intereses un interés comun? ¿Quién? Ahí lo teneis: mirad esa espaciosa frente donde residia el génio, esa mirada indagadora y penetrante que sabia descubrir los mas íntimos secretos del alma y conmovér los sentimientos del corazon. Es Agustin de Iturbide, hijo de Michoacan: él concibió la independéncia de Méjico mucho tiempo antes de que la proclamara; él anunció su nacimiento y la meció en su cuna entre las aclamaciones de un pueblo entusiasmado, el estrépito de toques militares y el trueno del cañon.

Desde que estalló la guerra de independéncia, Iturbide comprendió el carácter de la revolucion y el tiempo confirmó exactamente sus ideas. En 1818 manifestó que aquella podia hacerse sin sangre: en 1820 formuló su plan: y en 1821 lo proclamó. Así pues, si repasamos la conducta de Iturbide durante el tiempo que dilató la guerra de insurreccion, siempre encontraremos sus ardientes deseos de hacer á Méjico feliz. Nunca permaneció apático espectador de los males de su pátria, jamas dejó de procurar su bien, meditando las circunstancias, inquiriendo los medios, combinando los elementos y calculando los resultados; y si alguna vez tomó las armas contra los insurgentes, no quizo atacar á los americanos sino á los que infestaban el pais: su inteligencia nunca estuvo ociosa sobre los diversos acontecimientos que tuvieron lugar en aquella época, ni su corazon dejó un solo momento de sentir los nobles impulsos hácia la brillante gloria de hacer felices á todos. ¡Mas por qué el héroe de 1821 no se hizo digno de tan alto nombre en 1810? ¿por qué no impartió su proteccion á sus hermanos desde que quisieron ser libres? ¿por qué no sofocó en su cuna el elemen-

to de la discordia y de la destruccion? ¿Por qué? porque no era posible. Los americanos estaban ciegos, se habian precipitado llenos de odio y deseos de venganza, y ni daban lugar á la razon ni entre ellos y los europeos habia un interés comun que fijase sus tendencias. Era preciso una leccion que los dispusiese á conocer sus verdaderos derechos; y esa leccion la debian hallar en su propio arrojo con el tiempo y los reveses de la fortuna. Así fué en efecto, despues de innumerables desastres, llegó el tiempo del desengaño, que aunque tardó y rebuyendo aun en la mente y el corazon las ideas y los deseos de la independencia, dió lugar á reflexiones racionales y justas, sobre la situacion y las necesidades del pais. La filosofia sin embargo no aseguraba la duracion de aquel estado de reposo; pero dirigiendo á la política podia sacar un partido muy ventajoso para Méjico. Iturbide filósofo no llegó á perder de vista ni los resultados de la pasada revolucion ni sus causas; estuvo atento á todos los acontecimientos, descubrió todas las tendencias. Iturbide político dedicó su génio á combinar todos los elementos y á uniformar los intereses; y filósofo y político, Iturbide aprovechó aquellos momentos de calma como supo servirse de la agitacion. Comprendiendo que los decretos que dictaron las Cortes contra las instituciones eclesiásticas debieron producir una conmocion muy fuerte en el ánimo de los americanos y europeos, y avivar los mal sofocados deseos de independencia, formuló su plan basado en la religion, lo que al mismo tiempo que atraía á un solo punto los intereses de todos, ponía un fundamento inamovible á cuantos derechos y deberes pueden reconocerse en la sociedad; y ofreció á Méjico su independencia, término á que

—13—

se deseaba llegar aun entre arroyos de sangre y montones de víctimas. Derrocado el despótico imperio de la discordia, los antes enemigos irían como hermanos á sostener la garantía universal de sus intereses, no por el oscuro y tortuoso camino que marcan las pasiones, sino por el clarísimo y fácil de la recta razon. Este fué el pensamiento de Iturbide: pensamiento que concibió el héroe de Iguala; pensamiento prodigiosamente fecundo, que aseguraba cuanto debía asegurarse á americanos y europeos y cuanto era necesario para descubrir el camino de la felicidad. Él solo lo concibió, porque él solo abrazó con su inteligencia y reunió en un solo punto las fatigas de once años, los recuerdos de tres centurias y los sentimientos mas fuertes de la humanidad. Nadie puede pretender parte en tamaña gloria, porque nadie sino Iturbide comprendió la situación.

Hay empero pensamientos que reducidos solo al órden especulativo, por mas que entrañen una verdad importante vienen á ser nulos por falta de aplicacion. Tal habia sido el de Iturbide si este se hubiera ceñido al limitado circulo de las ideas. Puede decirse mas: que la gloria del pensamiento se habia convertido en un borron indeleble si no se le hubiera realizado; porque ¿qué importaba á Méjico tener remedio para sus desgracias si no se le aplicaba? ¿de qué servia contar con un medio de salvacion si no se empleaba? de nada, absolutamente de nada. Y ¿qué concepto adquiriria entre los ciudadanos aquel que teniendo en las manos la suerte de un pueblo no se apresura á salvarlo? ¿qué dirian las naciones de quien viendo perecer á su pátria permanece indiferente pudiendo darle vida? ¿qué? No es necesario ir á recoger el voto de los hombres y de los pueblos,

—14—

Iturbide ha dado la respuesta “siempre consideré criminal, dice, al indolente cobarde que en tiempo de convulsiones políticas se conserva apático espectador de los males que afligen á la sociedad sin tomar en ellos una parte para disminuir al menos los de sus conciudadanos” ¡Ah! Habeis oido como pensaba; pues ved tambien como caminaba de acuerdo en sus acciones. Refiriéndose al año de 1820, hablando de la situacion de Méjico y de los medios que se le presentaban para evitar su ruina, dice: “yo tenia amigos en las principales poblaciones, contaba tambien con el amor de los soldados; todos los que me conocian se apresuraban á darme noticias; las mejores provincias las habia recorrido: tenia ideas exactas del terreno y del carácter de sus habitantés, de los puntos fortificables y de los recursos con que podia contar. Muy pronto iban á estallar mil revoluciones en mi pátria: mi pátria iba á anegarse en sangre: me creí capaz de salvarla, y corrí por segunda vez á desempeñar deber tan sagrado.” En efecto, conciudadanos, contaba con mil recursos, por que tenia de su parte el corazon de todos, y por que esa adhesion firme estaba fundada en una deducion recta de la mas profunda filosofia.

Formuló su plan basado en la Religion, Union é Independencia: esperó la hora oportuna, el momento preciso, y el 24 de Febrero de 1821 se proclamó en Iguala aquel pensamiento salvador que en breve tiempo debia obrar una regeneracion completa en la situacion de Méjico. Para generalizar sus ideas, hizo que se comunicaran inmediatamente por todos los lugares de la Colonia y de la Metrópoli: ¡qué de afanes no costó á Iturbide estender su prontitud y eficacia que exigian las circunstancias! ¡Qué de angustias

—15—

no sufrió su corazón mientras no vió llegado el término por que suspiraba! Y sin embargo él no vaciló: siguió su empresa con el mismo ó mas ardor que la habia acometido, sin ver otra cosa que su patria, y sin sentir mas que los deseos de hacerla feliz. Al través de una atmósfera corrompida por las mas negras pasiones, se extendió por todo el territorio la luz vivísima que nació en Iguala. Algunos, habituados á las horribles sombras del ódio, de la venganza y la anarquía destructora, se deslumbraron con la fuerza y pureza de sus rayos vivificantes, y ciegos se lanzaron sin guia y sin norte á apagar el foco de aquel fuego que debia dar la vida á la patria. ¡Insentatos! la Religion era la que resplandecía con los rayos de la justicia y de la gloria, americanos y europeos se habian colocado al rededor de su trono para mostrala al mundo pura y refulgente, la independendencia se queria por instinto y por necesidad; y *Religion y Union é Independendencia* habian formado un muro impenetrable á los tiros de la filosofía y de la discordia.

Iturbide que como antes dije, llevaba siempre de acuerdo la práctica y la teoría, fué el primero en obsequiar de hecho las ideas consignadas en su plan. A nadie oprimió, á nadie amenazó, á nadie guardó ódio ni con alguno conservó resentimiento, y á todos mostró amor, suavidad y clemencia. A cuantos quisieron acompañarlo en su gloriosa empresa, admitió gustoso en las filas de su ejército, y á los que no quisieron seguirlo les proporcionó recursos para trasladarse á donde les agradó, garantizándoles su persona, su familia y su fortuna. Seguro de la evidente justicia de su intento, no hizo mas que hablar para ser secundado, satisfecho del prestigio que tenia

—16—

su presencia, alguna vez le bastó presentarse ante sus contrarios para hacerlos sus amigos, y casi siempre su nombre solo le proporcionó el servicio de personas muy importantes. Dirigiéndose á los prelados de la Iglesia, manifestó sus elevados pensamientos sobre la religion; escribiendo á los militares, encomió como era debido la importante clase del soldado; hablándo á los políticos, inculcó profundas reflexiones sobre el estado del pais, y á todos hizo sensible la imperiosa necesidad de la religion, union é independencia. Con semejante conducta el triunfo de las tres garantías se afianzó en la opinion general, que si al principio solo fué prevista, en breve tiempo fué una realidad á que no pudieron resistirse los enemigos de la patria, ó mas bien de la gloria de Iturbide. Así fué, que todas las provincias fueron entrando sucesivamente al camino que les trazó el héroe, y solo faltaba que el gobierno español se resolviese á cooperar con su asentimiento á la felicidad de Méjico y de su patria. Aquel gobierno desoyó las palabras que le dirigió el libertador de nuestra patria, invitándolo á tomar parte en la gloriosa empresa de hacer feliz á un pueblo. No hallaron eco en su corazon aquellos dulces acentos de Iturbide; inspirados por el mas puro de los deseos y por el mas noble de los sentimientos. “¡Qué feliz es el hombre, le decia, que puede evitar la desgracia de otro hombre y hacer su fortuna! ¡Oh! y cuánto mas venturoso aquel que puede evitar males y hacer la felicidad; no ya de otro hombre sino de un pueblo entero!” Nada significaron, repito, tan bellas espresiones en el animo del Virey, mostrándose insensible á los lamentos de un pueblo que al fin, aunque mas tarde habia de ser libre, sin

—17—

consagrarle en su historia una página que recordase á la posteridad un hecho digno de eterna gratitud.

Mas en medio de las turbulencias de las pasiones, un acontecimiento repentino vino á cambiar el-aspecto de las cosas públicas. El Virey no contaba ya sino con muy débiles recursos para oponerse al prodigioso incremento que habia tenido la causa de los independientes: sus fuerzas estaban decaydas hasta el estremo; los resortes del poder habian perdido su energía, y muchos, desconfiando ya de la conducta de aquel gefe, veían en los gloriosos triunfos de Iturbide no la victoria de la opinion y de la justicia en un pueblo que queria ser libre, sino el resultado de un convenio espreso, ó tacitamente aceptado. Los descontentos adoptaron con el medio mas á propósito para contener los avances de la revolucion, el destituir al Virey; y al efecto formaron un motin en el palacio el dia 5 de Julio de 1821, el cual dió por resultado la destitucion proyectada aunque encubierta bajo el velo de una renuncia voluntaria, encargándose del mando mientras se recibia la resolucion del Rey y de las Cortes, el Mariscal de campo D. Francisco de Novella.

En tal estado se hallaban las cosas en Méjico; cuando el ejército de las tres garantías, despues de haber recorrido con un éxito feliz casi todas las Provincias, se disponia á poner el sitio á la primera Ciudad del Nuevo Mundo; al mismo tiempo que aparecia por Veracruz un Español digno de nuestra memoria agradecida, D. Juan O-Donojú, nuevo Virey de Nueva España. Este que se encontró en un teatro muy distinto del que se habia prometido, pues solo contaba á su favor con Veracruz; y esta amenazada por un gefe de alto nombre, y con Méjico defendido por un puñado de

3

—18—

hombres sin instruccion ni disciplina, conoció que el triunfo de los independientes era inevitable; y como hábil político y buen ciudadano se redujo á procurar para su patria el mejor partido posible. Iturbide comprendió á O-Donojú, O-Donojú comprendió á Iturbide, Iturbide y O-Donojú comprendieron á Méjico, y de esta triple comprension resultó el tratado de Córdoba, que poco tiempo despues abrió las puertas de Méjico al ejército trigarante. En ese tratado se afirmó el plan proclamado en Iguala con las modificaciones que exigieron las circunstancias, y se puso un término feliz á los trabajos emprendidos siete meses antes. Si O-Donojú tuvo que ceder por su patria algunos derechos por conservar otros, no desmereció en lo mas mínimo ni su talento, ni su política ni su patriotismo; y si no pudo resistir sin temeridad al torrente de la opinion, supo sí, rendirse con gloria ante los derechos de la justicia. Sí: Iturbide justificando su conducta y la de O-Donojú, contra las aserciones que la reprobaban manifestó que éste, si no podia hacer resistencia sin perderlo todo, las leyes eternas de eterna justicia, superiores ó cuantas hayan establecido los hombres, los facultaron amplia y competentemente para hacer por su patria lo único que podia hacerse y fué lo que hizo en el tratado de Córdoba.

La independenciam de Méjico pudo asegurarse desde entónces; y el ejército trigarante vió abierto el paso para la capital del imperio de Anáhuac, á donde debia entrar cubierto de una gloria inmortal. El 27 de Setiembre de 1821, la mas bella ciudad del Nuevo Mundo, presentaba en su centro y en sus alrededores el aspecto mas encantador. La animacion mas viva y el entusiasmo mas ardiente se retrataba en todos los

—19—

semblantes que llenos de alegría y júbilo no dejaban percibir el mas pequeño asomo de tristeza. Fuera de la ciudad, diez y seis mil independientes estaban acampados esperando impacientes la orden de su gefe para entrar á ella y enarbolar el pabellon tricolor. Llenos de una noble ambicion, el campo era una escuela práctica de todas las virtudes militares. Los dulces recuerdos de una campaña tan feliz avibaba las gratas esperanzas de un porvenir dichoso: volvian su vista atrás, sentian un placer indefinible al ver que no habian manchado con sangre su camino, ni horrorizado con el crimen á sus hermanos: dirigian sus ojos á la ciudad, veian en ella el anhelado término de sus fatigas, donde los esperaban sus hermanos cuya union habian jurado é iba á consumarse arrojándose en sus brazos con el amor que infunde solo la religion que sostenian, ¡qué puro les parecia el cielo! ¡qué alegre el campo! ¡qué suave el ambiente que alhagaba sus frentes! ¡qué misterioso el blando movimiento de los copados árboles, ligeramente oscilantes por el impulso delicado del viento! Llegó por fin la hora deseada: los valientes guerreros marchan atravesando las hermosas calles de Méjico: el pueblo todo que ardia en deseo de ver aquel ejército brillante y siempre victorioso se mezcla entre ellos con un entusiasmo indefinible: las aclamaciones universales, y los vivas prolongados y repetidos á la independendia, al ejército y á su gefe, iban á perderse en el inmenso espacio entre el sonido bullicioso de las músicas, el estruendo de los cañones y el estrépito de las campanas. Repentinamente aquella masa inmensa se agolpa á un solo punto; todas las miradas se fijan en un solo objeto. ¡Ah! el aire marcial y majestuoso

—20—

continente del libertador se ha atraído todos los corazones, los habitantes de Méjico no se sacian de ver al ilustre conquistador de la independencia, su corazón salta en el pecho de alegría, y en todos sus movimientos se revela el inmenso placer que sienten á la vista de aquel hijo querido de su patria. ¡Iturbide! ¡Iturbide! ¡qué mucho que un pueblo entero te admire y te contemple con un sentimiento indefinible! La gloria misma se gloria de circundar esa frente serena y magestuosa; la victoria te acompaña risueña y encantadora como nunca, porque no vá manchada con sangre ni ennegrecida con el crimen; la religión siempre pura y resplandeciente te cubre amorosa con su manto de luz, y la fama asombrada de tanta grandeza ha alzado rápida su vuelo para ir á pregonar por todo el mundo que en Méjico hay un hombre, que en el modo de vencer excedió en gloria á Pompeyo á César y á Alejandro.

Con la entrada del ejército trigarante á Méjico, la patria se vió libre y á las puertas del templo de la felicidad. Iturbide sabia muy bien que ya Méjico era libre: “Mejicanos, decia, ya estais en el caso de saludar á la patria independiente como os anuncié en Iguala: ya recorrí el inmenso espacio que hay de la esclavitud á la libertad, ya me veis en la capital del imperio mas opulento sin dejar atras arroyos de sangre, ni campos talados, ni viudas desconsoladas, ni desgraciados hijos que llenen de execracion al asesino de sus padres: por el contrario, recorridas quedan las principales Provincias de este reino, y todas uniformadas en la celebridad han dirigido al ejército trigarante vivas espresivos, y al cielo votos de gratitud.” Michoacanos, meditaad bien

—21—

estas palabras de Iturbide; repasad la historia de nuestra independencia desde 1810 hasta 1821; comparad la primera con la última época; buscad, si quereis en los fastos de la antigüedad las más grandes revoluciones, y sin duda, no hallaréis una tan sorprendente como la que ejecutó el héroe de Iguala. Seguid en su marcha á los guerreros mas ilustres, antiguos y modernos y los veréis pasando siempre entre cadáveres, escombros y ruínas, examinad de cerca sus laureles y los hallaréis marchitos: acercaos á ver sus manos y os retiraréis llenos de horror. Mas recorred cuidadosamente los campos que atravesó Iturbide hasta llegar á Méjico, y en vez de objetos tristes, hallaréis los testimonios infalibles de su constante amor. A su paso desaparecieron hasta los vestigios del odio y desunion que dividian á los americanos y europeos, y siempre dejó atrás dulces recuerdos y adelante encantadoras esperanzas.

Conciudadanos: hé considerado á Iturbide concibiendo y realizando la independencia de Méjico, y lo he hallado grande y sin segundo: me he humillado ante su pensamiento, como me he exultado ante su corazon. Eché un velo entre el año de 1820 y los anteriores, permitid que ponga otro entre el de 1821 y los que siguieron. Mas si ávidos de acompañar al héroe en toda su vida, queréis seguir el curso de los tiempos, le veréis en un trono que le formaron amor y gratitud; le veréis abandonarlo gustoso por quitar todo pretesto de discordia y todo peligro á la felicidad de Méjico; veréis que fué á buscar un asilo fuera de una patria que le era tan querida, y cuya libertad habia costado tantas angustias á su corazon: veréis que volvió luego en alas del amor

—22—

á salvarla; y despues. . . ¡despues! ya no le veréis sino en el cielo. . . . Allí colocado entre los héroes, libre de todas las pasiones, contemplar en toda su estension la grandeza de su obra, é inaccesible á los tiros del ódio y de la envidia disfruta en paz la dulce satisfaccion de haberse sacrificado por su patria. A nosotros empero, ¿qué nos queda de tan grande bienhechor? Nos queda su memoria que no perecerá sino con el último mejicano: su memoria que nos llenará de alegría cuando como él consagremos nuestra existencia y sacrifiquemos nuestro reposo al bien de la patria: su memoria que nos reprenderá la desunion y la discordia que quiso cortar de raiz para siempre del suelo mejicano: su memoria á que vá unida la proteccion y respeto á la única verdadera religion que heredamos de nuestros padres: su memoria que vigile por la independéncia que nos dió como un rico tesoro para hacer nuestra dicha: su memoria en fin, que nos presenta todos los estímulos que necesita un pueblo para hacerse feliz. Y él, el legislador sábio, el político profundo, el Magistrado recto, el ciudadano patriota, Agustín de Iturbide en suma, no tiene derecho de exigir de nosotros alguna recompensa? ¡Ah! Méjico deberia borrarse para siempre del libro de las naciones, si pretendiese disputarle su gloria ó le pagase con ingratitud. No se necesita mas que ser mejicano para amar á Iturbide, y sin embargo, él, desde el lugar de su infortunio, léjos de una patria que le era tan querida, temia como se teme la mas grande desgracia, que entregásemos al olvido su memoria ó la conservásemos con indiferencia; “¡mejicanos esclama en un dia solemne como el de hoy, el 27 de Setiembre de 1823, mejicanos, cuando instruyais á vuestros hijos en la his-

—23—

toria de nuestra patria, inspiradles amor al primer gefe del ejército trigarante, y si los míos necesitan alguna vez de vuestra proteccion, acordaos de que su padre empleo el mejor tiempo de su vida en trabajar por que fueseis dichosos.” ¡Iturbide! ¡Iturbide! desde muy niño escuché embelezado este nombre que ahora repito con placer. No temas, no, que él se borre del corazon de los mejicanos, ni que éstos alguna vez te rehusen su amor. Yo he visto á los ancianos que al pronunciar tu nombre llenos de veneracion y respeto te han pagado un tributo de amor con una lágrima de ternura que les ha arrancado tu memoria: he visto el semblante de los jóvenes llenarse de una animacion indescriptible cuando se há hablado de tí; y hé oido tambien á los niños repetir balbucientes el dulce nombre de Iturbide que les enseñan sus padres. No temas, no, repito que alguna vez te niegue Méjico su amor; y si en un tiempo la ingratitud y la perfidia pudieron arrancarte de nuestra vista, jamás habrá poder que baste á arrancarte de nuestro corazon.—DICE.

